

Makeup Girl

GLOSSY LOOK
El maquillaje continúa

Rosario Vita



Makeup Girl

GLOSSY LOOK El maquillaje continúa

ROSARIO VILA

© 2016, Rosario Vila

Todos los derechos reservados.

A los que apoyáis la cultura y respetáis
el trabajo ajeno,
gracias.

– 1 –

Cuando abrí Lola Glamour, mi tienda de productos de maquillaje, pensé que había triunfado en la vida. Yo, Lola Lozano, la chica con menos empuje y más soñadora de la Vía Láctea, le había demostrado al mundo lo que valía. Como fanática extremista de los cosméticos siempre había querido vivir rodeada de sombras de ojos, máscaras de pestañas y polvos compactos. Además de tener la posibilidad de probar todo eso antes que nadie, faltaría más. Acertar con los tonos y las texturas que le van bien a tu piel dice mucho de la inteligencia de una chica, lo dicen todas las revistas de belleza. De modo que, después de dejar atrás mi triste puesto como administrativa en Glossy Look y de abrir mi propio negocio, sentí que había tomado las riendas de mi vida. Que me había convertido en una chica emprendedora y valiente. Sin embargo, el paso del tiempo me ha demostrado lo equivocada que estaba. Mi maravilloso oasis de glamour, que con tanta ilusión creé, no funciona tan bien como esperaba, y las facturas sin pagar que se me acumulan en el cajón están haciendo resurgir en mí mi innata inseguridad. La cabra siempre tira al monte. En mi caso, una cabra recién exfoliada. Me lo hice ayer. Oh... ¿Una cabra puede exfoliarse? ¿Es eso posible? Bueno, seguro que sí, porque hay fabricantes que prueban sus productos con animales. Vaya, qué suerte, lo que daría yo por ser una cabra y haber sido la primera en ponerme la barra de labios

ultra-brillante *Sexy Little Rabbit*, o la laca de uñas de secado extra-rápido *Breathtaking Bitch*. Las cabras no saben lo afortunadas que son. Claro, que una cabra no podría tener un novio tan maravilloso como el mío, así que tampoco las envidio tanto.

–¿Tienes algo que borre las pequeñas imperfecciones?

–¿Eh? –respondo distraída desde el mostrador a mi única clienta de la tarde.

Veamos, supongo que sí lo hay. Lo de esta chica lo deben arreglar una operación de cirugía estética, unas carillas de porcelana y una peluca. Pero seguro que le saldría más barato comprarse un pasamontañas.

–Claro. Todas esas bases de maquillaje de ahí son mano de santo. Concretamente, de San Maks Factor –le digo taconeando hacia ella con una amable sonrisa, dispuesta a ayudarla en su desgracia.

–Caray, qué caras son –dice arrugando su peludo labio superior, mientras observa los precios de los productos que le estoy enseñando.

Es la primera vez que veo a una mujer con un bigote imperial, así que, por más que lo intento, no puedo apartar la vista de ese punto de su cara. Oh, por favor... ¿Se está moviendo solo? ¿¡Está vivo!?

–¿Que son caras? –le pregunto intentando mantener mi sonrisa–. Están muy bien de precio, considerando lo efectivas que son.

–No sé, no sé... –dice ella indecisa, moviendo la boca de un lado a otro en señal de duda.

Lo que hace que el vello que tiene ahí parezca más espabilado, creo que podría tratarse de una mascota bien adiestrada. ¿Me está saludando? ¡Por favor, qué miedo!

–No dudes en llevarte una de estas bases, estarás preciosa –le digo para animarla a comprar, aunque retirándome un poco de ella con aprensión.

–Bueno. Me lo pensaré, ya vendré otro día –me dice después de pensárselo un par de minutos más.

Sí, eso. Vete con tu bigote a otra parte, que en la puerta pone muy claramente que no se puede entrar con perros, y sospecho que es eso mismo lo que tienes debajo de la nariz. Tacaña...

—¡Si compras una sombra de ojos te regalo unas pinzas de depilar! —le digo como último recurso mientras la chica se dirige hacia la puerta.

—¡Gracias, pero no las necesito! A mí casi no me sale vello —me responde diciéndome adiós con la mano.

¿Cómo? Si ese bigote podría sacarlo a pasear con una correa y un bozal. Qué felices viven algunas en la ignorancia. Pues nada, otra que se va sin comprar. ¿De qué hablaba antes? Era algo sobre una cabra... Ah, no, era de Marcos.

A pesar de la tristeza y del estado de ansiedad crónico que me provoca el futuro de mi tienda, tengo una relación de pareja con él que me hace muy feliz, aunque algo complicada debido a la distancia. Nuestros trabajos sólo nos permiten vernos los fines de semana, cuando Marcos viaja de Madrid a Barcelona para pasarlos conmigo. Pero después de más de un año juntos ya le estamos empezando a dar vueltas a esta situación para intentar solucionarla. El problema es que no quiero renunciar a mi sueño, Lola Glamour, necesito luchar por mi negocio hasta el final. Supongo que no hace falta que diga que le tengo mucho apego porque es lo único de valía que, a mi parecer, he conseguido en la vida. Por mis propios méritos, que no son muchos. Y Marcos tampoco quiere dejar su puesto como director de publicidad en Glossy Look, algo que me parece bastante comprensible. Si yo tuviera un trabajo como el suyo tampoco querría dejarlo, así que el tema está complicado.

Oh, entra alguien... Sí... sí... No te vayas, pasa... ¡¡¡Bien!!!

Bah, es mi hermana. Qué manera más desconsiderada de robarme la ilusión, tenía la esperanza de vender algo. Por cierto, esa crema con efecto iluminador que me he

puesto esta mañana es maravillosa, parezco una luciérnaga. A ver, ¿y si apago la luz...? Ah, pues tampoco brillo tanto.

–¡Hola, tía Lola! –me dice Vera con su voz de ratoncilla, dando brincos hacia mí y provocando con ello que las gafas y la coleta le boten por el camino.

–¡Vera! –le digo intentando disimular mi desilusión.

No es que no me alegre de ver a mi sobrina, ni mucho menos, lo que no me alegra es saber que mi caja registradora está hoy todavía vacía. A este ritmo agonizante no voy a poder pagarme ni el alquiler, y eso que comparto piso.

–Le he metido sus pastillas para la alergia en el bolsillo de la mochila –me dice mi hermana.

–Ah. Qué bien, Violeta –le respondo extrañada.

¿Por qué me cuenta eso a mí?

–Sí, están junto a mi biografía de Kafka. Ay... qué vida tan interesante la suya –me dice Vera suspirando–. Deberías leerla, tía Lola. Es increíble la de personajes importantes que nos ha dado el pueblo judío, ¿no crees?

–Erm... *Sip* –le respondo.

Si quieres sentirte como una completa analfabeta, cómprate una sobrina de siete años como la mía. Si es que la encuentras, claro. ¿Quién es Kafka? ¿Y cómo es posible que yo comparta ADN con alguien tan inteligente como Vera? Debieron de cambiársela en el hospital a mi hermana al nacer. En algún lugar de esta ciudad debe haber una niña con pestañas postizas y los labios pintados de rojo *Nymphomaniac Passion*, igualita que yo. No... ¡Mi sobrina! ¡Sangre de mi sangre! ¡Dónde estará!

–Tía Lola, creo que estaremos de acuerdo en que no volverá a haber otro como él. Kafka es leyenda –me dice Vera con una expresión de admiración en su cara.

–Bueno, Vera, es posible. Pero en realidad no sabría decirte si es tan buen actor, yo no entiendo mucho de cine polaco –le contesto mientras juego con su coleta.

–*Hm...* No sabes quién es Kafka, ¿verdad? –me pregunta ella mirándome de medio lado.

–¿Qué? Claro que sí –le digo fingiendo seguridad–. Era... un científico iraní –respondo casi inaudiblemente, bajando la vista hasta el suelo y parpadeando con disimulo.

Qué bien van las pestañas postizas para desviar la atención. Mira cómo aletean.

–No era científico –me dice Vera.

–Ah, perdón, es verdad. Era... un astronauta ruso –corrijo, en un tono de voz más bajo todavía.

–Uh-Uh. Negativo –me responde Vera cruzándose de brazos.

Qué oído más fino tiene. ¿Cómo ha podido oírme con esas orejas tan pequeñas?

–Déjalo ya, Vera. Tu tía no sabe quién es Kafka, ella sólo entiende de cosas superficiales –le dice mi hermana resoplando con altivez.

–Ya, claro. Pero tú sí que lo sabes, ¿verdad? –le pregunto sarcástica a Violeta.

–Pues resulta que sí lo sé, tonta de los potingues, descubrió la vacuna contra el sionismo –me responde muy chula.

–Bah. Ya lo sabía, sólo quería comprobar si lo sabías tú –le digo mirándome las uñas. Qué color tan bonito el púrpura *Coitus Nonstop*. Boréal hace magia en sus laboratorios. Uy, que Marcos no se entere de lo que acabo de decir, Boréal es competencia de Glossy Look–. Kafka salvó muchas vidas con su investigación. La medicina y la humanidad tienen mucho que agradecerle –añado para aparentar que sé de lo que hablo.

–Te me has adelantado, eso iba a decir yo ahora mismo –dice mi hermana mirando a mi sobrina, orgullosa por su dudoso conocimiento sobre el tal Kafka.

Qué tramposa es, seguro que lo ha leído de refilón al meterle las pastillas en la mochila a Vera.

–La gente moría a manojos antes de que Kafka encontrara un remedio a esa terrible enfermedad. Qué horror, hubo niñas que no llegaron a conocer qué se siente cuando te

pintas los labios por primera vez –digo para no ser menos que ella.

–El siglo pasado siempre será recordado por sus numerosos avances médicos –dice mi hermana poniéndose competitiva.

Qué pesada. Pues yo ya no sé qué más decir. A ver... Ah, sí.

–Desde luego, el bótox le devolvió la ilusión por la vida a millones de mujeres –digo muy resuelta.

–No es por nada, señoritas, pero el sionismo es un movimiento político surgido del deseo de los judíos de recobrar Palestina –dice Vera subiéndose las gafas con un dedo, mirando de mi hermana a mí y de mí a mi hermana.

Vaya, hombre, eso se avisa antes.

–Vera Vázquez, soy tu madre. A mí no me llames señorita –le riñe mi hermana enfadada, aunque sé que lo que en realidad le pasa es que está avergonzada por su metedura de pata.

–Hm... No sé qué decirte, a veces juraría que nuestros papeles están intercambiados –dice Vera entre dientes, acercándose a una estantería con su mochila a la espalda.

Tendrá un cerebro enorme, pero Vera, bajita, lo es un rato. La mochila abulta mucho más que ella. Bueno, aunque eso lo arreglan unos buenos tacones, en cuanto cumpla los doce le compro unos.

–No soy sorda, ¿sabes? Te he oído contestarme –le recrimina mi hermana–. Bueno, Lola, me voy. Nuestro avión sale a las nueve y todavía tengo que ir a comprar algunas cosas –me dice a mí de repente impaciente, sabiéndose tan ridícula como yo.

Oh... ¡Claro, Vera pasa el fin de semana conmigo! Uysh, se me había olvidado el viaje de aniversario de boda de mi hermana y Miguel. Jo, y Marcos me iba a llevar a cenar esta noche a ese sitio tan bonito y romántico. Qué desgraciada soy, nada me sale bien.

–Por la cara que has puesto, ¿debo deducir que te habías olvidado de mí, tía Lola? –me pregunta Vera mirándome apenada desde una esquina.

–Miéntele, mala tía –me susurra mi hermana, mirándome amenazante.

–No, Vera. ¿Por qué piensas eso? –le digo con ternura–. Estaba deseando que llegara el viernes para que estuviéramos juntas. Y Marcos tiene muchas ganas de verte, ¿lo sabías?

–¿De verdad? –me responde ella con una chispa de ilusión asomándole en la cara.

Qué pena me da a veces Vera. No tiene amigos de su edad. Está siempre rodeada de personas mucho mayores que ella, incluso en el colegio, y eso hace que necesite cariño constante. No quiero ni imaginarme lo incomprendida que se deberá sentir teniendo ese coquito privilegiado. Bueno, pero sé lo incomprendida que yo soy por ser tan despistada, y eso debe ser casi lo mismo. Sólo hay que ver la cara que me ha puesto Violeta al darse cuenta de que me había olvidado de cuidar de Vera para saber que eso es así. Creo que mi hermana debería darme un respiro de vez en cuando, aunque sólo sea por los años que pasé de niña haciéndome pis en su cama. Ese es un vínculo de unión indestructible.

–Lo siento, Violeta. Tengo demasiadas cosas en las que pensar últimamente –le digo mientras Vera está distraída leyendo los componentes de un brillo labial.

–No lo sientas tanto y apúntate las cosas, Lola. Así no se te olvidarán las que de verdad importan –me contesta mi hermana irritada.

–Pensaba hacerlo, pero también se me ha olvidado apuntármelo. Ya sabes cómo soy –le digo cabizbaja.

–Pues a Vera no se le olvida nada. Lleva toda la semana loca de contenta porque iba a quedarse contigo. Aprende un poco de tu sobrina –me responde Violeta–. Adiós, cariño, nos vemos el domingo por la noche –le dice a Vera

acercándose a ella y dándole tres sonoros besos en la mejilla, en modo abuela.

–Pasadlo bien, mamá, y no dejes a papá comer nada con grasas hidrogenadas. Ya sabes lo que le ha dicho el médico –le responde Vera dándole un abrazo.

Qué mona es mi sobrina. Tan pequeña y tan atenta. Lástima que no sea más coqueta, porque lo va a tener complicado con los chicos cuando sea mayor. Tanta inteligencia les suele asustar. *Mmmm*, pero el pelo le huele muy bien. *Sniff, sniff*.

–Bueno. Pues, ¿qué quiere hacer esta noche la niña más preciosa de la ciudad? –le pregunto a Vera cuando mi hermana se marcha, con mi nariz pegada a su flequillo.

Para mí siempre olerá a bebé, aunque es probable que se trate del bebé de otra familia.

–Había pensado que podríamos hacer algo divertido –me dice Vera.

Ah, mira, puede que este fin de semana me libre de oírle recitar poesía y de recibir lecciones de ciencia. Temía que la cosa iba a ser peor, qué manía tengo de adelantarme a los acontecimientos.

–Vale, me parece perfecto. Haremos lo que tú quieras –le digo, sintiéndome muy culpable por haberme olvidado de que tenía que quedarme con ella.

–¡Bien! –dice Vera entusiasmada–. Esta noche dan *Rigoletto* en la tele. Verás qué bien lo pasamos viéndola, tía Lola.

–¿Qué película es *Rigoletto*?, ¿la segunda parte de *Pinocho*? –le pregunto mirándole con dulzura.

–No, es una ópera de Verdi –me dice Vera dando palmaditas de felicidad.

–Claro, una ópera... Qué bien –le respondo mientras viajo mentalmente a un lugar muy lejos de allí.

A uno donde Lola Glamour funciona a las mil maravillas, Marcos y yo vivimos juntos sin tener que renunciar a nada, y mi sobrina es fan de Justin Bieber. Oh, y donde me levantan

to cada mañana con el pelo ya planchado. Vaya, eso sería genial...

Si hay algo que me haga olvidar los problemas, aparte de admirar mi maravillosa colección de barras de labios, es estar con Marcos. Los viernes por la noche consigo desconectar de todo en cuanto llega de Madrid y le veo sonreírme, para mí es como un tratamiento antidepresivo. Mi pastilla de la felicidad. No me cabe duda de que estábamos predestinados a estar juntos. ¿Cómo si no una fanática del maquillaje como yo iba a conocer al hijo del dueño de Glossy Look, una de las empresas más importantes de cosméticos? Lo nuestro es como el cuento de *La Cenicienta* escrito con *eyeliner*. Me gusta imaginar que somos como un dúo de sombras de *Maybeeline*, la pareja perfecta. Aunque Marcos sea mucho más perfecto que yo, eso lo tengo presente. Tanto que a veces pienso que soy muy poca cosa para él. Me da miedo que un día le dejen de hacer gracia mis despistes y mi manera inocente de ver las cosas y que se vaya por donde vino. A un mundo que, visto lo visto, yo nunca podré alcanzar ni en sueños. No es que pensara que me iba a hacer millonaria con mi negocio pero, al menos, aspiraba a ser una persona que se supera a sí misma, capaz de decidir su destino. Alguien que Marcos, viniendo de donde viene, pudiera admirar. Aunque fuera a pequeña escala. Y ahora que estoy al borde del abismo con Lola Glamour no puedo evitar preguntarme si eso hará que me vea como a una fracasada, si también le perderé a él. Las desgracias suelen venir en cadena y yo nunca he sido, lo que se dice, una chica con estrella. Lo más extraordinario que me ha pasado en la vida es que Marcos se enamorara de mí. Bueno, y encontrarme aquel neceser lleno de muestras de cremas en los aseos del tren. Nunca me había alegrado tanto de que me diera un apretón.

—Tía Lola, llevo un buen rato escuchándote y todavía no entiendo por qué me cuentas tus problemas con Marcos a

mí. Sólo soy una niña de siete años, yo no tengo experiencia en temas de amor –me dice Vera con cara de extrañada.

¿Qué?

¡Mierda! Ya he vuelto a pensar en voz alta. Cada día estoy peor.

–Bueno, pero... eres muy inteligente para tu edad –le respondo disimulando.

¿Dónde estarán metidas las llaves del piso de Marcos? Es increíble la de cosas que llevo siempre en el bolso. Siempre me pasa igual, me paso un cuarto de hora en el rellano de la escalera buscándolas. Menos mal que el portero ya me conoce y me deja subir, porque las he perdido más de una vez. Y más de cinco. Qué paciencia tiene Marcos conmigo.

–Eso es cierto, tengo una mente inusual para mi edad –dice Vera asintiendo pensativa–. En fin, tía Lola, pues si tanto te importa mi opinión, mi consejo es que practiques el acto sexual con Marcos con frecuencia. Parece ser que mediante el sexo se ejerce una fuerte atracción y un extraño poder sobre el género masculino. Lo he podido comprobar viendo documentales sobre monos del National Geographic.

–¡Vera! –le digo sorprendida, levantando súbitamente la vista del bolso–. Sólo tienes siete años, no deberías ver esas cosas.

–¿Por qué? ¿Qué tienen de malo, tía Lola? Los dan en horario infantil –me dice ella desconcertada–. ¿Tú no...? Ya sabes... con Marcos –me pregunta, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta del piso.

–¿Yo? ¡Jamás! –le digo agarrándome fuertemente a las solapas de mi abrigo.

¿Qué otra cosa puedo decirle? No puedo contarle a mi sobrina mi vida sexual.

–Qué raro... –dice Vera con desconfianza–. Pensaba que todas las parejas lo hacían-. ¿Ni siquiera a escondidas? –me pregunta extrañada.

–¡Mira, las llaves! –exclamo con una risita incómoda.

Al entrar en casa de Marcos, Vera me sigue por el pasillo silbando contenta, agarrando las asas de su mochila a la altura de los hombros, y parece que ya no siente curiosidad por saber lo que hago con mi novio en la cama. Pero no me fío mucho de ella. Conociéndola, estoy segura de que no parará hasta llegar al fondo de este asunto. Es lo que tienen las mentes inquietas como las nuestras. A mí también me pasa cuando veo a alguien con las uñas pintadas de un tono que no puedo identificar, así que podría ser que Vera se parezca a mí al fin y al cabo. Por cierto, qué bien huelo cuando muevo el pelo, este champú es total. Voy a ir girando como una bailarina hasta el salón para perfumar el pasillo.

—¿Ya estás aquí? —dice Marcos saliendo desnudo del cuarto de baño, quedándose paralizado frente a nosotras.

—Por favor, ¡un pene! —exclama Vera mirando boquiabierta hacia esa parte de la anatomía de Marcos.

—Lo siento, no sabía que venías acompañada —dice él tapándose con la toalla que lleva en la mano, a punto de soltar una carcajada.

—¡No te rías! —le digo horrorizada mientras le tapo a Vera los ojos sobre las gafas—. La acabas de traumatizar.

—¿Por qué? —me pregunta Marcos—. Tampoco es tan grave.

—No sufras por mí, tía Lola, sólo he gritado a causa de la sorpresa —dice Vera intentando ver entre mis dedos.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Vístete! —le digo nerviosa a Marcos.

—Bueno, tranquila. Ya voy —me responde con toda naturalidad—. Hola, Vera. ¿Qué te trae por aquí? —le pregunta a ella cogiéndole la nariz.

—Me quedo a pasar el fin de semana —le responde Vera feliz.

—Qué buena noticia. No esperaba pasarlo con dos chicas tan guapas —le responde Marcos.